

Raquel Gutiérrez Sebastián – Borja Rodríguez Gutiérrez
(Editores)

Menéndez Pelayo
y la novela del Siglo XIX



Menéndez Pelayo y Galdós

Yolanda Arencibia

Real Sociedad Menéndez Pelayo
Santander. 2009

MENÉNDEZ PELAYO Y GALDÓS

Yolanda Arencibia

Universidad de Las Palmas de Gran Canaria

Como se lee en el díptico que anuncia este ciclo de conferencias, Marcelino Menéndez Pelayo –por excelencia, don Marcelino– fue “un atento observador de la literatura de su tiempo, además de especialista destacado en tiempos pasados”, cuya personalidad y labor, de valía indiscutibles, se ha visto oscurecida en ocasiones por razones que nada tienen con ver con la intelectualidad y con la magnitud de su obra. Mucho se ha adelantado ya al respecto; pero resulta bien oportuno este Seminario sucesivo para contemplar, revisando, el magisterio de don Marcelino desde su relación con distintos escritores de su tiempo. Con Pérez Galdós, por ejemplo; una tarea que se me ha encomendado y que esta tarde me propongo cumplir. Tal vez debería decir que me propongo “continuar cumpliendo” porque algo (y “aún algunos”, que dirían Cervantes y Galdós) se ha hecho ya; como tendremos ocasión de ver.

Espero aportar con mi lectura del tema algo de interés al asunto. Sobre todo, espero –y confío– que, tras la conclusión de este seminario, la personalidad intelectual de don Marcelino resulte sobreiluminada; y, de paso, que, desde su signo intelectual, conozcamos y comprendamos mejor a las personalidades que frente a él, junto a él, han ido mereciendo foco de atención privilegiada.

Intentaré, pues, mediar con eficacia entre don Marcelino y don Benito. Porque de coincidencias, de divergencias, de paralelismos, de hitos entrecruzados entre ellos vamos a tratar.

De un mar a otro mar

El 10 de mayo de 1843 nacía, a orillas del Atlántico, en Las Palmas de Gran Canaria, Benito Pérez Galdós. Trece años después, el 3 de noviembre de 1856, nacía, a orillas del Cantábrico, en Santander, Marcelino Menéndez y Pelayo. Periféricos, pues, ambos, respecto al centro de España; contempladores tempranos ambos de aguas bravas, y con ellas, de cercos o lejanías que la naturaleza impone, sin duda para animar a luchar con(tra) ellas.

Detalles biográficos y profundidades ideológicas van a separarlos; vocaciones profesionales, preocupaciones sociales e ideales intelectuales van a unirlos. Si el primero procede de familia de militares, se auto define como “bachiller aplicadito”¹ y algún biógrafo lo ha calificado de “mal estudiante” sin conocer su expediente, no ha habido dudas para calificar al primero, hijo de catedrático, de “niño prodigio”, desde su infancia. Anécdotas hay que dibujan al niño Galdós entretenido en dormitar reuniendo cromos o recorriendo monigotes y al joven estudiante de Bachillerato recibiendo reprimendas y amonestaciones por “distráido en clase”, o por en-

¹ *Memorias de un desmemoriado*. Existe edición reciente en Madrid, Visor libros, 2004.

tretenerse en ellas “pintando un barco o un mojigato”, o redactando composiciones jocosas. ¿Y el niño Marcelino? Tal vez sería juguetón, como todos, aunque hay quien asegurada que nunca se le vio jugar; pero lo que hasta nosotros fielmente ha llegado es la noticia de su más que extraordinaria precocidad: su memoria prodigiosa; su inusual capacidad de raciocinio; los títulos asombrosos de su primera biblioteca; sus premios tempranos. Sin duda, aquel niño podría acercarse al tipo infantil que describe no sin ironía don Benito en las páginas de *Doña Perfecta*: aquel Jacintito, desde su infancia aplicado a los estudios serios y a quien “las niñas de Troya”, llamaban *Don Nominavito*, porque era “muy sabio” y porque “cuando nosotras éramos chicas, él era chico también (...) salíamos al terrado a jugar, y le sentíamos estudiando en voz alta sus lecciones (...) cantando *Nominavito rosa, Genivito, Davito, Acusavito*” (c. XIII).

Cursa Pérez Galdós su Bachillerato, hasta culminarlo, en un colegio liberal de su ciudad natal cuyos profesores habían bebido los principios de la filosofía ilustrada en la fuente de dignísimos heterodoxos (una heterodoxia cuyas consecuencias ante los tribunales eclesiásticos amainaba levemente, la extrema lejanía insular). El colegio que formó a don Benito organizaba sus enseñanzas siguiendo los planes de estudios nacionales, aunque con extraordinario sentido práctico y amplitud de miras para implantar estudios y adaptar planes, y en cuya filosofía de base, residían sólidos prin-

cipios religiosos y morales y un estricto sentido del rigor y de la disciplina, desde el progreso y la liberalidad de las ideas².

Don Marcelino por su parte, cursa su bachillerato en el Instituto Cantábrico de Santander, y pasa luego a la Universidad de Barcelona en donde recibe enseñanzas “poco escolásticas”, según declaración propia, aunque —aclara— se trata de un procedimiento analítico, de una dirección *crítica*, “dentro de la cual he vivido siempre, sin menoscabo de la fe religiosa, puesto que se trata de cuestiones lícitas y opinables”³.

En otoño de 1873

En otoño de 1873 coinciden nuestros protagonistas en Madrid, sin relacionarse aún.

Es aún estudiante don Marcelino; y ha llegado a la capital en pos de su maestro el doctor Luanco, cuando éste pasa de la Universidad de Barcelona hasta la Central. Apenas terminados sus estudios, en 1875, va a recibir el grado de doctor con una tesis titulada *La novela entre los latinos*. La novela entre los latinos: ¡qué tema y qué perspectiva tan en la línea de las aficiones de Galdós!, como veremos enseguida.

² Véase, M. del Pino Marrero Henning, *El Colegio de San Agustín en la enseñanza secundaria de Gran Canaria (1844-1917)*, Las Palmas de Gran Canaria, 1977.

³ M. Menéndez y Pelayo, *Epistolario*, F. U. E., Madrid, 1982-1991, 23 vols. Versión digital: Caja Cantabria, 1999.

En ese otoño de 1873, ya ha conquistado el canario cierto nombre en la prensa; ha publicado dos novelas históricas con éxito más que mediano, empiezan a resonar los primeros pasos de unas novelitas históricas que llegarán a conformar los *Episodios Nacionales*, y, olvidados del todo los estudios universitarios, está afinado definitivamente en Madrid para dedicarse a su vocación literaria; a la novela. Continúan en pie, sin embargo dos aficiones, o dos vocaciones, perennes, constitutivas de su intelectualidad: la historia y, precisamente, los estudios clásicos. De sobra conocida de sus estudiosos es la inclinación de Galdós por lo clásico; la sólida formación que en esa materia había adquirido, y la devoción por las lecciones de la cultura latina que había recibido del maestro Alfredo Adolfo Camús, excelente pedagogo universitario cuyos apuntes de clase conservó el novelista con primor en un cuadernillo⁴. Igualmente conocida es la utilización que hace Galdós del latín como herramienta literaria de su taller: para marcar épocas; para redondear situaciones; para caracterizar personajes; para enriquecer las significaciones textuales; para abrir una ventana al humor y a la ironía, etc. Y también conocen sus lectores la presencia del mundo clásico y sus mitos en los entresijos de su mundo de creación. Una

⁴ El cuadernillo se titula *Apuntes de Literatura Latina según las explicaciones del Dr. D. Alfredo Adolfo Camús, catedrático de esta asignatura en la Universidad Central* y se conserva en los fondos de la biblioteca galdosiana de la Casa Museo del autor. El profesor Camús aparece indirectamente en las páginas iniciales de *Fortunata y Jacinta* con referencia a las clases universitarias que recibían Juanito Santa Cruz y sus amigos, quienes —indica el narrador— “se reunían en la cátedra de Camús [para separarse] en las de Derecho Romano”.

marca de época, sin duda; pero también el producto de una afición y de unos conocimientos más que regulares en la materia.

¿Y la historia? La devoción de Galdós por la historia es atractivo punto de inflexión entre los dos autores que nos ocupan, en la mejor línea de la vocación historicista menendezpelayana, quien llegará a ser, como todos sabemos hoy, “el historiador por antonomasia de la literatura española, y ningún escrito que aspire a ese título puede dejar de hacer explícito que gran número de los temas y problemas que se exponen, lo son precisamente porque un día él los alumbró”⁵.

Desde alturas menos profesionales, Galdós sintió la necesidad de explicar y explicarse a través de la historia. Un signo de su tiempo, sin duda; pero también una marca personal más que destacada. Sigue de este modo la huella de historiadores canarios que fueron sus maestros en el Bachillerato: Agustín Millares Torres, directamente⁶; y Viera y Clavijo, referencia inmediata obligada para el interés histórico de Galdós, aunados en el interés de dilucidar el “quienes somos” a través del “de donde venimos”. En los *Episodios*

⁵ Miguel Ángel Garrido, *Historia de la literatura española. Siglo XIX (II)*, V. García de la Concha director, Leonardo Romero coordinador, Madrid, Espasa, 1998, p. 872-886.

⁶ Agustín Millares Torres, profesor del colegio de San Agustín que formó a Galdós, publicó dos libros de historia: *Historia de la Gran Canaria* (1860) , y *Historia general de las islas Canarias* (1882). Galdós quiso homenajearle con un carboncillo de tema histórico cuyo asunto tomó del primero de los libros de Millares; con él obtuvo premio en un concurso local de 1862. Don José de Viera y Clavijo, por su parte, escribió una magna *Noticias de la Historia general de las Islas Canarias* que publicó en Madrid en 1772 y 1773. Por cierto que este texto llegó a las manos de don Marcelino Menéndez Pelayo a través de don Benito.

Nacionales y en el conjunto de su novela social, no hará otra cosa don Benito que metaforizar el panorama socio-histórico de España mediante argumentos fantásticos y cuadros realistas, ricos siempre en estereotipos humanos. Y desde la distancia de la ironía que significa ahora, más allá de un recurso retórico excelente, un modo de respuesta a la inseguridad, una “expresión de la relatividad de las cosas humanas; el extraño placer que proviene de la certeza de que no hay certeza” en palabras de Milan Kundera⁷. La inseguridad que se escuda en la distancia, la explicación de los hechos desde la asunción de su contingencia: una actitud muy isleña. “El sesgo más profundo del isleñismo de Galdós es que ve la historia de España como si fuera extranjero” afirma alguien tan libre de sospechas localistas como don Salvador de Madariaga⁸.

A partir de este 1873 que nos ha servido de pauta inicial, los dos protagonistas de nuestra conversación Menéndez Pelayo-Galdós van desarrollando su trayectoria biográfica y profesional casi a la par en solidez y pese a una diferencia de edad que la precocidad asombrosa de don Marcelino atenuaba: en efecto, nuestro montañés llegaba a ser Doctor en 1875 (19 años) y catedrático en 1878, mientras se mantenía enzarzado en la llamada *polémica sobre la ciencia española* y la posterior publicación del asunto en plena cruzada antikrausista, lo que determinó que fuese ya conocido en todo

⁷ Kundera, Milan, *Los testamentos traicionados*, Barcelona, Tusquets, 1994; p. 41.

⁸ Salvador de Madariaga, “El españolismo universal del canario Galdós”, en *Actas del segundo Congreso Internacional de Estudios Galdosianos, I*, Las Palmas, Cabildo Insular, 1978, pp. 11-17.

España antes de haber cumplido los veinte años; entre 1880 y 1882 publica don Marcelino la controvertida, *Historia de los heterodoxos españoles*, en la línea de un tradicionalismo neocatólico que alcanzo a Pérez Galdós con sus pullas; y entre 1883 y 1891 salen a la luz los tomos de la magna *Historia de las ideas estéticas*; etc., etc; porque hasta el fin de sus días sigue publicando Menéndez Pelayo su obra monumental. En 1880 es miembro de la Real Academia Española, en 1889 de la de Ciencias Morales y Políticas, y en 1892 de la de Bellas Artes de San Fernando. Es diputado a Cortes entre 1884 y 1892, y senador por la Universidad de Oviedo en 1892; director de la Biblioteca Nacional de España entre 1898 y 1912; propuesto para el Premio Nobel en 1905 y director de la Real Academia de la Historia en 1909.

Pérez Galdós, por su parte, sin abandonar el mundo de la prensa, sigue avanzando sin pausas, y también hasta el fin de sus días, en la construcción de su magistral universo literario; hasta dar a la imprenta 140 títulos (novela, teatro, cuentos) entre 1871 y 1918. Madrid le tributa un Homenaje Nacional en 1883; en 1886 Sagasta lo designa Diputado por Guayama (Puerto Rico); en 1889 es nombrado Académico de la Lengua y en 1907 elegido Diputado Republicano a Cortes por Madrid que verá triunfar su candidatura Republicano-socialista con Pablo Iglesias, ya 1910. En 1914 es elegido Diputado Republicano por Las Palmas. En 1905, 1912 y 1916 es candidato al premio Nobel.

Son los reseñados, datos individuales de nuestros protagonistas de sobra conocidos; por ello los enumero tan rápidamente. En algunos hay coincidencias, y en otros relaciones derivadas. En ello voy a entrar.

Coincidencias existen en el papel de diputados a Cortes que ambos representaron. Y también en que fueron diputados a quienes se reprochó cierta desatención al cargo: del asunto, y adelantándose a lo que podría ser autorreflejo irónico, haría Galdós materia literaria, encarnando en don José María Bueno de Guzmán, el poco recomendable protagonista de *Lo prohibido*, la figura de un diputado cunero que no se ocupaba “ni poco ni mucho de cumplir los deberes de [su] cargo”, que jamás hablaba en las Cortes, que asistía poco a las sesiones, que no formaba parte de ninguna comisión de importancia, y que sólo se sumaba a la mayoría en las ocasiones de apuro. “Francamente —comenta el personaje—, el Congreso me parecía una comedia, y no tenía ganas de mezclarme en ella” (1T: I- X). Sí que le interesaría la política al autor Galdós, alejándose ahora de su personaje. Porque, abordando, sucintamente, el tema de su compromiso político, hemos de recordar ahora que participó en ella activamente, en especial entre 1907 y 1910. Los presupuestos galdosianos siempre se movieron en la órbita de un liberalismo democrático; lo que le condujo a saludar con entusiasmo expectante y juvenil la revolución de septiembre de 1868; a apostar luego por la monarquía democrática de Amadeo de Saboya (aunque abordándola con tono crítico por su

incapacidad para asentarse); y a contemplar con desasosiego el transcurrir tumultuoso de las repúblicas del 73, doliéndole enormemente el comprobar cómo las ilusiones y esperanzas del 68 quedaban truncadas. Luego, de la mano de Sagasta —como ya vimos— se incorporó Galdós a la vida parlamentaria, como diputado cunero por Puerto Rico en la legislatura de 1886 a 1890. Así las cosas y con el transcurrir de los avatares políticos, fue determinante para Galdós la relevancia del estreno de su obra teatral *Electra*, en 1901, para plantearse una actividad más decidida en ese campo. Así, el 6 de abril de 1907, Galdós anunciaba su adhesión al republicanismo en carta dirigida al director de *El Liberal*, dos semanas antes de obtener su primera acta de diputado republicano; y entre 1908 y 1912 desplegó una animosa e inusitada actividad discursando sobre temas para él cruciales: el anticlericalismo, el autoritarismo maurista, la represión de la Semana Trágica y la impopular guerra de Marruecos, entre los destacados. Y lo hace desde su autoridad moral de político desde fuera de la política; más por razones éticas que ideológicas. Pero llegaría a participar, con gran éxito, en la Conjunción Republicano-Socialista como representante de la minoría republicana. Así, cuando en la primavera de 1912 el republicanismo gubernamental se transformó en el Partido Reformista, Galdós encaminó sus pasos hacia la nueva formación y colaboró en su gestación. Ya en marcha el partido, un Galdós cansado y con la salud quebrada, colaboró —más simbólica que activamente— en sus primeros tiempos, prestando su nombre y su presencia física

cuando fue necesario. En enero de 1913 Galdós era miembro de la Junta Nacional del partido, su máximo órgano de gobierno; y en las elecciones de 1914 logró acta de Diputado por Las Palmas⁹.

¿Y el compromiso político de Menéndez Pelayo? No podía permanecer ajeno a la política Menéndez Pelayo; aunque más a la inevitable de los pasillos que a la activa de los escaños. Y muy distintos a los galdosianos eran sus presupuestos ideológicos: tras los pasos por la Cortes y por el Senado ya indicados, trabajó en pro de su país desde su actitud y su actividad intelectuales en el marco de una Restauración que con la que se identificó plenamente, hasta poder decirse que fue bandera intelectual de movimientos conservadores.

¿Y las relaciones entre ambos escritores?

Vayamos a ello.

Una amistad antigua

Una amistad antigua, en efecto unió a Menéndez Pelayo y Pérez Galdós. Lo hizo constar don Marcelino en ocasión histórica: en el marco de la Real Academia Española, con ocasión del ingreso de don Benito en la Institución; una amistad —confirma—, “cimentada en roca viva [para resistir] todos los accidentes que pudieran

⁹ Para el Galdós político, véase “El compromiso político: Galdós republicano” de Ángel Bahamonde; en *Galdós en su tiempo*, Yolanda Arencibia/Ángel Bahamonde eds., Parlamento de Cantabria, Parlamento de Canarias, 2006, pp. 363-387.

contrariarla”¹⁰. Así fue; hubo amistad antigua, y hubo escollos. Y Santander es ahora espacio de referencia obligado. En monografías distintas ha tratado el tema con extensión y con acierto Benito Madariaga¹¹; mucho me han ayudado en la dilucidación de mis datos.

Recordaremos que fue proverbial para la tierra santanderina la coincidencia en ella, en el último cuarto de siglo del XIX, de tres grandes figuras: un erudito que llegaría a ser el historiador más notable de la literatura española; un escritor costumbrista que llegaría a ser destacado novelista; y un novelista que lograría restaurar la novela española del XIX. Coincidían en un Santander provinciano, muy distante de la capital de la nación, pero propicio a que cristalizara no poca actividad intelectual en la bella ciudad, encantadora para el ánimo de los que la visitan; una ciudad abierta al horizonte del mar, y con un puerto activo. Los tres intelectuales: Menéndez Pelayo-Pereda-Galdós, van a dar ejemplo de amistad y convivencia sin perder sus respectivas posiciones ideológicas. Hemos de dejar ahora a José María de Pereda al margen de nuestro cuadro; y es mucho dejar, porque nunca podrá salir del todo de él.

La relación de don Benito y don Marcelino debió nacer en los años de las primeras visitas del primero a Santander. Por allí andaba entonces, jovencísimo, don Marcelino, relacionado tem-

¹⁰ *Discursos leídos ante la Real Academia Española en las recepciones públicas de 7 y 21 de febrero de 1987*, Madrid, Est. Tip. De la Viuda e Hijos de Tello, 1897, p. 33-4.

¹¹ Principalmente: B. Madariaga de la Campa, *Pérez Galdós. Biografía santanderina*, Institución Cultural de Cantabria/ Instituto de Literatura José M^a de Pereda, 1979; y *Páginas galdosianas*, Santander, Ediciones Tantín, 2001.

pranamente con las tertulias ciudadanas (más activa fue la de la imprenta de Fabián Hernández regida por la voz acreditada de don José M. de Pereda). Nos consta que, recién llegado a esta tierra santanderina, entabló Galdós relación cordial con Pereda y, de modo inmediato, con el resto de los intelectuales montañeses y con los hacedores de su prensa escrita. En esos años primeros y en los posteriores; porque, como sabemos, nunca se desligaría Galdós de Santander: aquí construyó su casa; aquí trajo a su familia; aquí esparció su espíritu cultivando hortalizas, disfrutando de la brisa, del paisaje; de sus perros... Escribiendo también, con deleite y morosidad. Y también nos consta, por los datos que revelan los epistolarios, el interés de Galdós en la Corte por la carrera brillante de don Marcelino en la Universidad.

En los años primeros santanderinos y en los posteriores, tendría ocasión Galdós de conversar distendidamente con los dos santanderinos tan importantes y por él tan admirados, Pereda y Menéndez Pelayo. Sin duda, debió sentirse desconcertado el canario ante aquéllos recios montañeses, tradicionalistas y católicos a ultranza, tan contrarios a las nuevas ideas filosóficas, al krausismo al evolucionismo... Él sin embargo..., un convencimiento ideológico absolutamente contrario guardaba en su interior. ¿Aflorarían estas discrepancias en las conversaciones pausadas de Santander? Seguramente. Pero podemos asegurar que apenas discutieron; de que sólo tímidamente osaría don Benito refutar a sus amigos: los

escucharía, aspiraría el humo de su cigarro, miraría al cielo reflexionando...¹²

Don Benito era de muy pocas palabras y de muy arraigadas convicciones; y estaba habituado a escuchar, a mantener una aparente distancia que sólo rompía la pluma convencida o, también, el lápiz afilado de intención y teñido de humorismo. Se trata de una actitud que ha venido a ser tradicional en los isleños; en pueblos como el canario que, más ayer que hoy, parten de esa contingencia en que se apoyan: unos pedazos de tierras que flotan en el mar, siempre a merced de lo que pudiera caer sobre ella, geográfica y políticamente. No olvidemos que fue el lápiz de la caricatura el arma de expresión que don Benito había usado muy tempranamente en su tierra para oponerse a la construcción de un teatro nuevo junto al mar; o ya en Madrid, para sonreír con la pluma, caricaturizándolos más o menos caritativamente, a los compatriotas canarios que peroraban y proyectaban en las tertulias madrileñas de los primeros años en la capital¹³. Estaba habituado, en efecto, don Benito a escuchar; a reflexionar, antes de plasmar sus propias convicciones con la rotundidad que tenían. No olvidemos

¹² Dice Benito Madariaga: “Galdós se llevaba la palma en el arte del buen anfitrión, pues era el que mejor sabía escuchar. Don Benito fumaba constantemente, atendía a todos, sonreía y luego añadía: “Bueno” (p. 122).

¹³ La más reciente edición de esos dibujos fue realizada al cuidado del Stephen Miller: *Galdós gráfico (1861-1907) Orígenes, técnicas y límites del socio-mimetismo*, seguido de cinco álbumes en sus correspondientes tomos: *Gran Teatro de la Pescadería, Las Canarias, Atlas zoológico, Álbum marítimo y Álbum arquitectónico*, Ediciones del Cabildo de Gran Canaria, 2001.

tampoco que un ambiente de ultra catolicismo rodeó su infancia y su primera juventud; bien es verdad que más en su casa (sus padres, su tío sacerdote) y en el ambiente de la ciudad semidormida, que entre los muros del colegio que lo formó, entre representantes de una burguesía liberal y esperanzada, pero también entre viejos profesores del Seminario Conciliar en quienes la huella de la Ilustración había calado muy hondo. Escucharía don Benito a unos y a otros, empapándose de la suprema enseñanza que se deriva del contraste entre pareceres, de la aparente contradicción entre conductas. Reflexionarían antes de expresarse con rotundidad.

Escucharía en silencio, Galdós a don Marcelino o a Pereda; tal vez argüiría algo tímidamente, pero sin duda no discutiría mucho; ¡estaban tan seguros los castellanos! Hay declaraciones de Galdós, bien explícitas al respecto: aparecen en el texto de su discurso académico de contestación al santanderino, que recordaremos más adelante.

Pero Galdós tiene las ideas claras. No eran opiniones las suyas; no eran sólo criterios los suyos, sino convicciones profundas. Las expresaría, sí; pero mediante la literatura, en las páginas de *Doña Perfecta*, de *Gloria*, de *La familia de León Roch*; y, enseguida, en las máximas y los comentarios de Máximo, *el amigo Manso*. Y lograría, ¡claro!, que se enfadaran con él sus amigos santanderinos: de volterianas y librecultistas calificaría estas publicaciones Pereda; y don Marcelino echaría sobre el canario el peso de su juicio: “el heterodoxo por excelencia, el enemigo implacable y frío del catoli-

cismo”. Muy jóvenes eran aún los tres amigos. Galdós, a mitad de la edad entre ambos, era el más discreto, el más ecuánime, el más transigente; el más reflexivo dentro de su insegura seguridad.

En las conversaciones científicas del quinto Congreso internacional galdosiano, el de 1990, Jorge Rodríguez Padrón vertía en el marco de su comunicación un asunto que algunos estudiosos de don Benito (el agudo profesor Rodríguez Padrón y yo de modo casi cómplice) llamamos “la mirada excéntrica” de Galdós¹⁴, para definir desde ella la sustancialidad de su particular modernidad: la que pudo conferirle una mirada amplia, capaz de rebelarse contra toda menudencia como tal, y observar la realidad desde un punto de vista abierto y plural que atiende en su escritura al mundo entero en su esencialidad, y que fue configurando paso a paso en sus ficciones. No admite discusión que la sociedad que bulle en las páginas galdosianas es la española de su tiempo, como fuente inagotable. Pero la distancia que ante ella asume el autor y que le permite acapararlo todo desde un punto alto, envolvente, en cierto modo distante y ajeno, proviene de esa su condición periférica, de esa su mirada excéntrica que le permitió otear el conjunto de la historia y la sociedad españolas desde lejos y desde arriba. Ultramarino se define a sí mismo cuando ha de solicitar venia para sus matrículas fuera de plazo en los años universitarios “Mi condición de ultramarino...”, escribía. Así solía denominarse a los residentes

¹⁴ La comunicación del profesor Rodríguez Padrón: “Galdós: la mirada excéntrica”, en *Actas del Cuarto Congreso Internacional Galdosiano*, Las Palmas de Gran Canaria, Excmo. Cabildo Insular de Gran Canaria, 1993, pp. 263-272.

en las Islas Canarias en aquel momento histórico; pero el marbete es algo más que un pretexto y algo más que una circunstancia. Tratando este tema el polígrafo palmero don José Pérez Vidal al hilo de uno de los capítulos de su monografía *Canarias en Galdós*¹⁵, afirma que: “El canario no es de carácter seco, fuerte y rígido, (...) es más bien blando, flexible, comedido; inclinado a las posturas desapasionadas, de cierta reserva y contención”. El propio don Benito, en entrevista personal que publicó el Bachiller Conchuelo¹⁶, respondió así a la pregunta de “qué ideas religiosas tenían sus padres”: “Católicos, pero sin fanatismo” dijo, “que allí en mi tierra no se conocen ni son posibles. Allí la influencia inglesa hace que haya una gran tolerancia...” (1910, p. 48).

Son cuestiones de formación y cuestiones de carácter. En relación con la contención canaria se halla seguramente la renuencia a los homenajes o intervenciones públicas que es característica de la mayoría de los isleños y, en general, la actitud de circunspecto decoro que suele mostrar al pedir beneplácitos. Menéndez Pelayo observa algo de ello en Pérez Galdós cuando fraguaba el asunto de su ingreso en la Real Academia. Y así declara en carta a don Juan Valera: “de resultas de cierta modestia desdeñosa y soberbia que hay en el fondo de su carácter, ni da muestras de desear el puesto

¹⁵ José Pérez Vidal, *Canarias en Galdós*, Ediciones del Excmo. Cabildo de Gran Canaria, 1979.

¹⁶ “El Bachiller Corchuelo”, “B. Pérez Galdós (Confesiones de una vida y obra)”, en *Por esos mundos*, Julio 1910, Madrid.

de Académico; no se mueve, no escribe ni visita a nadie, con lo cual nos deja a sus amigos en mal lugar”¹⁷.

Pero volvamos a la amistad de Galdós y don Marcelino: completa y perenne; respetuosa, también, pese a las evidentes distancias de criterio que hemos ido viendo. Y consolidada por el tiempo. Hay un dato interesante a este respecto. Sabemos que, ya en los años 80, obsequió el canario al montañés con una traducción de *La Eneida* que había realizado en las islas Graciliano Afonso, nada menos que un Doctoral de la Catedral de Las Palmas que desempeña la cátedra de Filosofía del Seminario, que fue profesor en el colegio que formó a don Benito, y a quien este pudo, ya muy anciano don Graciliano, tratar y, sin duda, admirar: admirar como traductor de Virgilio, de Horacio, de Chaucer, de Milton; admirar como Diputado a Cortes en el trienio liberal, cuya oposición a Fernando VII le supone el exilio en Venezuela, Puerto Rico y Trinidad entre 1825 y 1838; y admirar como poeta cercano al romanticismo que expresa en poemas diversos y en la colección titulada “El beso de Abibinia”, de un clasicismo imbuido de sensualidad. Personaje contradictorio, tal vez, don Graciliano; admirado sin duda por Galdós; respetadas por él todas su facetas. Y a don Marcelino hace llegar Galdós sus traducciones. Sin duda hablarían de él. Y no solo en Santander: consta epistolarmente que frecuentaban ambos las tertulias madrileñas; la del café Fornos, por ejemplo. También regaló Galdós a don Marcelino las obras de otro de los

¹⁷ En *Epistolario de Valera y Menéndez Pelayo, 1877-1905*, Madrid, 1946, p. 397.

hitos de la Ilustración canaria: don José de Viera y Clavijo: de las islas hizo traer para don Marcelino, el *Diccionario de Historia Natural* de Viera, primero, y luego su *Historia de Canarias*. ¿Y quien era Viera y Clavijo? Un avanzado de su época; un arcediano sabio que conoció en París a Voltaire, a Condillac, a Buffón y que tuvo no pocos problemas con la Inquisición¹⁸.

Es que, afortunadamente, maduran las personas con el tiempo y la experiencia; y resultan amainadas las violencias juveniles y sus fragores. Y eso tuvo que ocurrir a una personalidad tan amplia como la de Menéndez Pelayo. Que, como sabemos, rectificaría los juicios antigaldosianos de la *Historia de los heterodoxos españoles*, en ocasión pública y solemne. Y no debió ser fácil para el montañés, “comulgar” pública y notoriamente con lo que Galdós representaba. Los grupos integristas no mirarán con buenos ojos el apoyo de Menéndez Pelayo al Galdós que será Académico; y menos le van a perdonar que asistiese el montañés al estreno de *Electra*, la obra teatral que rompería cauces en un siglo XX recién estrenado. Las páginas de *El siglo futuro*¹⁹ no se coartan para apostrofar contra “la representación del liberalismo conservador”, y el aparente beneplácito de don Marcelino aplaudiendo “cuantos desatinos se le ocurren a don Benito contra el espíritu católico”.

¹⁸ En carta de Galdós a Menéndez Pelayo de 30 de enero de 1889, se lee: “Ahí tiene V. los dos tomos de la *Historia Natural* de mi paisano ilustre. La *Historia* creo ha venido también es este correo, pero aún no ha llegado a mis manos (...)” Cito por Pilar Faus, *La sociedad española del siglo XIX en la obra de Pérez Galdós*, Madrid, CSIC, 1957, p. 274.

¹⁹ *El siglo futuro*, 31 de enero de 1901.

Academia

Seguimos con las relaciones Menéndez Pelayo- Pérez Galdós.

Y un hito importante para penetrar en los entresijos de ellas y en no pocas de sus diferencias temperamentales y de personalidad, es el asunto del ingreso del segundo en la Real Academia.

Los contextos de tal situación son de sobra conocidos, tanto por la implicación que ellos correspondió a personalidades como Clarín, Pereda y Valera, entre otros, como por lo que supuso en la biografía galdosiana. Pero conviene que los recordemos a grandes rasgos.

A instancias de los académicos antes citados, había sido elegido Pérez Galdós en julio de 1889, después de una propuesta fallida, en enero del mismo año. Perfiló su discurso en el 1896 y se lo entregó a don Marcelino, que había sido su verdadero paladín y que había de contestarle. En febrero de 1897, el día 7 de febrero, se rubrica el ingreso de Pérez Galdós en la Real Academia Española (de la Lengua) con la lectura de los discursos preceptivos: el suyo y el de don Marcelino. Sobre las causas de la dilación de este ingreso –del 89 al 97; ocho años– se ha dicho²⁰ que respondieron al ingente

²⁰ Ortiz Armengol, principalmente (*Vida de Galdós*, Madrid, Crítica, 1996); pero no solo él.

trabajo creativo del autor y, sin duda, a cuestiones de su temperamento; que se le requirió para que lo leyera en varias ocasiones; y que, fijada ya la fecha de principios de 1897, aún lo demoró una semana más allá del día previsto. Fueron efectivamente, años complicados para Galdós y muy fructíferos; le impondría sin duda el hecho material y literario del discurso solemne (algo de ello puede colegirse de alguna carta). Pero es curioso comprobar como, en la introducción de su discurso académico, don Marcelino, se autoinculpa de ese retraso: ¿por qué diría esto don Marcelino si no fuera cierto? No parece ser personalidad proclive a asumir errores ajenos. Creo que el asunto de tal retraso no queda del todo claro.

En lo que sí que no caben dudas es en las prisas que intentaba darle a ese ingreso don José María de Pereda, pues don Benito debía “contestar” a su propio ingreso: “Escribí a usted medio siglo hace una carta de cuyo paradero no tengo la menor noticia”²¹, le escribe al respecto Pereda en octubre del 96. Don Marcelino terminó su discurso en diciembre del mismo 96; y lo comunica a don Benito en carta, que entremezcla al otro montañés: “Al mismo tiempo he de decir a usted que Pereda, cuyo genio impaciente usted conoce, está impacientísimo por entrar prono y desea que usted le saque de penas cuanto antes, para que pase poco tiempo entre ambas recepciones.”²²

Por fin, ocuparía Galdós el sillón H, a principios del 97 como ya se ha dicho, en virtud de ser “novelista de universal y merecida

²¹ En Soledad Ortega, *Cartas a Galdós*, Revista de Occidente, 1964, p. 177

²² *Ib.* p. 430.

celebridad, así en nuestro país como en las demás naciones cultas de Europa, a cuyas respectivas lenguas han sido traducidas sus novelas”.

Don José María leería su discurso de ingreso el 27 de febrero inmediato; y los cuatro discursos se editarían conjuntamente²³.

Los discursos

El hecho de esta publicación sugiere el atractivo de un ejercicio comparativo entre los distintos textos. El dato quizá más anodino, el de la extensión de los mismos, despierta ya sugerencias y tal vez suspicacias: el más corto, directo, conciso casi, es el de ingreso de don Benito: 24 páginas²⁴; el más largo: el de la contestación al canario de don Marcelino, 63 páginas; le sigue el de don José María de ingreso: 48 páginas; de nuevo, a la zaga, Galdós, que ocupa 38 páginas para contestar al ingreso de su amigo Pereda. Resumiendo estas cifras: el espacio que ocupan los discursos de Galdós, sumando los dos textos, no alcanza al del único de Menéndez Pelayo; y el único de Pereda supone casi el sesenta por ciento del total de páginas de los de don Benito. ¿Datos anecdóticos, poco pertinentes? Tal vez sí y tal vez no.

Los discursos de don Benito y de don Marcelino nos interesan ahora especialmente, por clarividentes en distinto extremos.

²³ *Discursos leídos ante la Real Academia Española en las recepciones públicas*, Madrid, Vda. e Hijos de Tello, 1897.

²⁴ Me baso en la publicación anteriormente reseñada: formato en cuartillo; generosidad en tipo de letra y cajas; espacios más que adecuados entre líneas y entre caracteres.

Estamos hoy muy lejos de perfilar a Pérez Galdós como un autor, digamos, “espontáneo”, como alguna crítica contemporánea aventuró: alguien alejado de las lecturas y de las estéticas de su tiempo que concibió su universo literario sin un proceso previo de intelectualización; un autor ajeno e impermeable al ambiente cultural de la época. En contra de esa teoría, además de las intuiciones desarrolladas hace ya décadas por don Ricardo Gullón y retomadas por Germán Gullón, contamos hoy con los trabajos de Laureano Bonet en torno a este aspecto de Galdós, tal vez los más clarificadores de este importante tema galdosiano²⁵. Pero volvemos a las cuestiones antes tocadas de personalidades e idiosincrasias personales para indicar que el mismo novelista fomentó con su actitud y no pocas declaraciones esta idea de autoausencia de sustancialidad crítica, de espontaneidad: una de ellas, precisamente en la ocasión más que solemne de su discurso de ingreso en la Real Academia en que ahora nos detenemos. Así se expresa en la obligada *exculpato*, inicial:

Pero el que en la ocasión presente habéis traído a vuestro seno (...) hállese privado casi en absoluto de aptitudes críticas y no le obedecen ni las ideas ni la palabra cuando trata de aplicarlas al arduo examen...etc, etc...(…) La inmensa labor de los siglos que fueron... (...) [o la de] nuestros contemporáneos (...) sobrecogen igualmente el ánimo del que os habla, balanceándolo entre el respeto y el pavor. (...) Intento pedir auxilio a la erudición (...) pero las bibliotecas (...) me imponen un respeto supersticioso, y sus ingentes masas de letra impresa (...) conturban terriblemente mi espíritu, dándome una impresión tan clara como triste de la magnitud de lo que ignoro: ante aquellos depósitos de

²⁵ Renito ahora a *Benito Pérez Galdós. Ensayos de crítica literaria* de Laureano Bonet, Ediciones Península, 1972 (reedición actualizada en 1999).

ciencia, mi flaca memoria desmaya, mi razón se desvanece (...) pp. 6 a 8).

Y vuelve al tema en el segundo momento del discurso, el de la *admiratio* a su antecesor: ahora, no sólo la alusión obligada y cortés al genio a quien corresponde la contestación (don Marcelino)²⁶ y a su predecesor en la silla con la cortesía y el respeto que cabía esperar²⁷, sino que vuelve a ser pretexto de disculpas personales amparándose en los “límites modestísimos” de su ciencia literaria; en su “incapacidad crítica y [su] instintivo despego de toda erudición [que lo] imposibilitan para explicar ante vosotros un asunto de puras letras...”. Porque: “¿Qué he de deciros de la Novela”, expresa cuando llegar al meollo de su tema. Y *dice* en efecto, de la novela, autodesdiciéndose, un discurso esencial. Porque tras la pregunta retórica llega a Galdós a la parte sustancial de su discurso, titulado por él mismo “La sociedad española como materia novelable”²⁸, que viene a significar una declaración sustancial respecto a la

²⁶ Los elogios son bien expresivos: [ante] el “insigne ingenio, crítico y filósofo literario, [el poseedor del “sagrado tesoro de la erudición y del saber crítico] a quien dotó Naturaleza de prodigiosas facultades para definir y desentrañar toda la ciencia estética del mundo, y además un arte soberano para expresar sus opiniones”.

²⁷ Esta parte del discurso fue escrito por don Marcelino. Consta así epistolarmente.

²⁸ Expresa un párrafo esencial: “Imagen de la vida es la Novela, y el arte de componerla estriba en reproducir los caracteres humanos, las pasiones, las debilidades, lo grande y lo pequeño, las almas y las fisonomías, todo lo espiritual y lo físico que nos constituye y nos rodea; y el lenguaje, que es la marca de raza; y las viviendas, que son el signo de familia; y la vestidura, que diseña los últimos trazos externos de la personalidad: todo esto sin olvidar que debe existir perfecto fiel de balanza entre la exactitud y la belleza de la reproducción”.

significación de su proyecto artístico. ¿Postura convencional, esta galdosiana, ante un acto tan importante? Algo de ello puede haber. Pero también cuestiones de personalidad.

No era la primera vez que Galdós teorizaba sobre la novela. Casi treinta años antes, en 1870, las páginas de la *Revista de España* habían recogido los principios literarios de un autor joven y optimista, que defendía la necesidad de crear una novela renovadora que respondiera a las exigencias sociales constituyéndose en portavoz de las creencias y aspiraciones de la burguesía como la representación social de la clase media. Ahora, en el momento culminante de su prestigio literario, aquilatado su pensamiento desde la experiencia, añade dos importantes puntualizaciones a aquellas declaraciones; la primera artística: la necesidad de equilibrar exactitud y belleza en esa “imagen de la vida que es la novela”; y la segunda, bastante más pragmática: la obligación que tiene el artista de “estudiar la vida misma”, la coetánea, para extraer de ella “las ficciones que nos embelesan (pero que también) nos instruyen”. Conjugan ambas premisas –la artística y la pragmática– el programa galdosiano de finales de los noventa: la afirmación de un arte realista que, además de mostrar deleitando cumpliera la misión de aleccionar educando. No ha variado la esencialidad del programa galdosiano, pero trasluce el distanciamiento ante la burguesía que había ido minando la confianza optimista de su mirada al compás de la convicción del fracaso de los ideales de la Gloriosa y de la realidad social de los sucesos políticos

posteriores. Es un discurso esencial, producto de la madurez y de la reflexión; pero conciso, comedido; directo; escueto, casi. Nada sobra, diríamos, en él. El autor se muestra a la vez balzaciano que rompedor de aquel realismo; a la vez conservador que innovador y sugerente en sus significaciones; a la vez consciente de la “descomposición presente del género”, que esperanzado ante la posibilidad de nuevas formas narrativas: “Quizá aparezcan formas nuevas, quizá obras de extraordinario poder y belleza que sirvan de anuncio a los ideales futuros o de despedida a los pasados, como el Quijote es el adiós del mundo caballeresco” (p. 28).

Un discurso –repito– breve, directo, escueto, conciso.

Más locuaz (menos comprometido) se muestra Galdós en su segundo discurso, el que sirve de contestación a la entrada en la Institución de José M. Pereda, que viene a resultar, todo él, un homenaje al escritor y al amigo, de “un ahijado frente a un padrino” –indica modestamente– y de “un discípulo frente a un maestro”. La *presentatio* galdosiana de Pereda significa un discurso encomiástico sin fisuras; envuelto todo él en cariño y amistad, y sin faltar al rigor. Una muestra de admiración sincera y de respeto.

Galdós lleva el asunto de la literariedad del montañés al terreno de las propias convicciones sobre “la sociedad presente como materia novelable” que había declarado días antes en la Academia y, en ellas, a la parte más positiva de aquel enfoque: la pervivencia del arte de la narración; la que obtiene “frutos de un Arte supremo y durable” desde los modelos humanos que la

sustentan; la que no da valor a las “acciones culminantes” sino a aquello considerado más prosaico y baladí, y que, sin embargo, encierra “el verdadero sentir y pensar de los pueblos”. Porque Pereda –explica– como “un caso de los más claros que podía consignar la filosofía de la historia literaria”, encarna “la España soñadora del pasado”, “el contrapeso”, aunque sin renunciar a lo nuevo, de modo que toda su creación pertenece a la realidad presente, y el lenguaje que emplea “es nuestra lengua, viva coetánea, vigente; la lengua que hablaríamos si habláramos bien”. (pág. 164).

De manera especial se pone de manifiesto la amplitud de miras de Galdós, el resultado de su natural amplio y comprensivo, inteligente, cuando trata el regionalismo fundamental de Pereda; él, que demostró ser tan poco regionalista: “En realidad, todos somos regionalistas, aunque con menor fuerza que Pereda, porque todos trabajamos en algún rincón más o menos espacioso de la tierra española”; y resalta ese regionalismo como particularmente válido, siempre que “el artista sepa encontrar la desnudez humana, y acierte a ornarla con el colorido local sin que sus bellezas se pierda” (pág. 170). Corona el tema don Benito con un guiño cercano, casi –de nuevo– en tono de confianza:

En esto del regionalismo he creído siempre que cada cual debe escribir como piensa, y pensar lo que vive y siente, sin cuidarse de los que regatean el sentido nacional a las creaciones que no lleven siquiera un barniz de apariencias metropolitanas. Paréceme a mí que la metrópoli es región de las más características, con su vida mixta, entreverada de extranjerismos elegantes y de las rancias más españolas, juntando los

vicios de la raza a los vicios exóticos, y las marrullerías castizas a los desenfadados adquiridos en el trato abierto y francote de las sociedades modernas (...) porque la síntesis nacional existe, aunque se esconde a nuestras miradas (...). (pp. 168-169)

No faltan en el discurso que dedica Galdós a Pereda declaraciones de amistad profunda, evocaciones sentidas de “conversaciones” y hasta de discusiones entre su propio “natural conciliador” y la irreductible certeza del montañés que —afirma— “no cedía nunca”. Y en este marco, Galdós, que nunca fue pródigo en declaraciones personales, que siempre evitó hablar de sí mismo escamoteando datos a sus entrevistadores o sus posibles biógrafos, se explaya en un párrafo personal; tal vez el más largo de su vida pública. Nos interesa extraer algo de estas declaraciones, para conocer mejor a Pérez Galdós²⁹.

Más fácilmente conquistaba él en mí zonas relativamente vastas, que yo en él pulgadas de terreno. Pero estas extensas zonas, justo es decirlo ingenuamente, las volvía él a perder en cuanto nos separábamos, y la pulgada de terreno, si acaso lograba yo ganarla con gran esfuerzo, era recuperada por mi contrario, y a la primera entrevista nos encontrábamos lo mismo, siempre lo mismo: él con sus creencias, yo con mis opiniones. Y empleo con toda intención estos términos, creencias y opiniones, para indicar con ellos que Pereda me llevaba la ventaja de no tener dudas. Ved aquí también la diferencia capital entre nuestros caracteres considerados literariamente: Pereda no duda, yo sí. Siempre he visto mis convicciones oscurecidas en alguna parte por sombras que venían no sé de dónde. Él es un espíritu sereno, yo un espíritu turbado, inquieto. Él sabe adónde va, parte de una base fija. Los que dudamos mientras él afirma, buscamos la

²⁹ Lógicamente, han hecho hincapié sobre ellas sus biógrafos póstumos. Así Ortiz Armengol en la p. 532 de su citada *Vida de Galdós*.

verdad, y sin cesar corremos hacia donde creemos verla, hermosa y fugitiva. Él permanece quieto y confiado, viéndonos pasar, y se recrea en su tesoro de ideas, mientras nosotros, siempre descontentos de las que poseemos, y ambicionándolas mejores, corremos tras otras, y otras, que, una vez alcanzadas, no nos satisfacen.

Y es curioso, sintomático, el hecho de que, en el marco de que en este discurso solemne, convertido por el afecto en cercano, salte a la pluma de Galdós, una palabra terruñera de su tierra canaria, un canarismo, que ahora aflora desde el fondo de esas esencias que surgen cuanto desnudamos el alma: al referirse a la “facultad retentiva” que Pereda posee con la cual –son palabras textuales– “archiva y perpetúa los recuerdos de la infancia, de la juventud, de toda la vida, agasajándolos en el espíritu, hasta que adquieren esa madurez inexplicable que los habilita para pasar de los senos nebulosos de la memoria a los resplandecientes de la creación artística”. (173-74).

“*Agasajándolos* en el espíritu” hasta pasar de “los senos nebulosos de la memoria a los resplandecientes de la creación artística” –repetimos. Conocemos la riqueza léxica de Galdós, y también su interés por el lenguaje sencillo y popular; y también su interés por los canarismos de su habla española, que anotó cuidadosamente en un cuaderno. Y aun hoy, y sin duda más en los tiempos de Galdós, la voz *agasajar* en el habla canaria, aflora en contextos de especial calidez humana para intensificar expresivamente el significado académico de la voz: “Tratar con atención expresiva y cariñosa”; y “Halagar o favorecer a alguien

con regalos o con otras muestras de afecto o consideración”, dice el DRAE. “Agasajar con el espíritu”, dice Galdós. Los canarismos que Galdós hace aflorar en sus texto han sido corregidos por sus editores desde siempre; lo hacen los actuales, ante algo “que no suena bien”; pero lo hicieron también los que intervinieron en las prínceps. Unos y otros caen en ultracorrecciones inapropiadas. Los rastreadores en manuscritos y galeradas lo sabemos bien.

Discurso de don Marcelino

Vamos ahora a Menéndez Pelayo y a su discurso académico de contestación a don Benito. Dijimos que es el más largo de los cuatro que completan el volumen citado. Añadamos ahora que es, también, el más rotundo, el más asertivo, el más riguroso, en el sentido científico del término; el más erudito, además: cuidadosamente estructurado en cinco partes que se atienen a los principios de la oratoria clásica: claramente diferenciadas la *inventio* y la *dispositio* del mismo, y con la presencia, oportuna y casi estratégica para redondear su *elocutio*, de cinco citas en latín de otras tantas autoridades (Tácito, Baruch de Spinoza, Propertio, Horacio).

Merecería el análisis de ese discurso mayor espacio del que ahora podemos dedicarle. Pero vayamos a él, aunque sucintamente.

Se acerca don Marcelino paulatinamente al tema, oportuna y eficazmente apoyado en recorridos diacrónicos sobre las artes en

general y sobre la novela en particular, tras los obligados preámbulos: entre ellos la obligada puntualización sobre la personalidad del ingresante (“el señor Pérez Galdós, artífice valiente de un monumento, que, quizá desde la *Comedia humana* de Balzac, no tenga rival...etc. pág. 35), y también las necesarias notas de personal modestia con su aquel de captatio benevolentiae también obligada, (“mi poca preparación para ello”, “yo me he acostumbrado más a vivir con los muertos en más estrecha comunicación que con los vivos”, pág. 36). Con todo ello, remata la tercera parte de su discurso situando el primer libro de Galdós en el punto de salida de “la restauración de la novela española”; y dedica toda la cuarta al recorrido crítico de la producción galdosiana: refiriendo y contrastando; señalando y opinando. En efecto responde el discurso de don Marcelino, como diría Ortiz Armengol, al eje de “homenaje a Pérez Galdós”³⁰ (por nombrar sólo uno de los juicios críticos por otra parte muy coincidentes en destacar la fuerza del contestador frente a la parquedad y mala lectura del ingresante³¹); pero el discurso de don Marcelino tampoco carece de pulla crítica, como veremos de manera rápida.

³⁰ Este juicio en su ya citada *Vida de Galdós*, p.530. Tal vez la exégesis más amplia del discurso de don Marcelino fue la que hiciera Martínez Cachero en “El crítico Menéndez Pelayo y la literatura española de la Restauración” en *Menéndez Pelayo. Hacia una nueva imagen*, Sociedad Menéndez Pelayo, Santander, 1983, pp. 205-226.

³¹ Son abundantes las referencias extraídas de prensa de la época de que el discurso de don Benito “no se oyó bien”, a que “lo leyó en voz baja y emocionada” a que “no lo hubiese hecho peor un chico de la escuela” (opinión esta última de Ruiz de la Serna que recoge Madariaga (1979, 185).

La novela histórica galdosiana, especialmente, los *Episodios Nacionales*, merecen del sabio montañés juicios positivos (el amor patrio..., el entusiasmo de los cuadros épicos e incluso el alto sentido educador y sano, pág. 62). Son los Episodios –indica– “una de las más afortunadas creaciones de la literatura española en nuestro siglo [que] un éxito sinceramente popular ha coronado”, pág. 67; aunque –añade– no todos sean de igual valor”, pág. 60; y aunque la habitual serenidad del narrador parezca entoldarse (...) cuando el racionalismo, [no hay que ocultar la verdad, ni yo sirvo para ello], no iracundo, no agresivo, sino más bien manso, frío, no puedo decir que cauteloso” [comienza] a insinuarse en algunas narraciones del señor Galdós, torciendo a veces el recto y buen sentido.... (pp. 60-61).

Además –explica don Marcelino– Galdós cambió el rumbo positivo de sus novelitas cuando se acerca a la historia próxima que ellas contemplan; mejor, sin embargo, –opina– cuanto menos se alejan de las fuentes históricas para dar paso a evidentes atractivos literarios; así *Zaragoza* es preferible a *Cádiz*; por ejemplo.

El paso de la novela histórica a la política (*Doña Perfecta*, *Gloria*, *La familia de León Roch*) cuando el canario –indica don Marcelino– “cerró muy oportunamente los Episodios Nacionales” (pág. 68), constituye motivo introductorio de la segunda parte de esta unidad cuarta del discurso menendezpelayano; comprometido, en efecto, para el orador. “Son novelas –confiesa– difíciles de

juzgar hoy sin apasionamiento”; y, amainando la pulla que él mismo había vertido en las páginas de su *Historia de los Heterodoxos españoles* escrita “en los hervores de mi juventud”, explica la actitud –errada, claro está–, del novelista por un sufrido “contagio de los nuevos tiempos” que más demuestra una preocupación religiosa latente en su interior que un espíritu escéptico o frívolo (...) en [cuyas últimas creaciones] apunta, felizmente, una nueva conciencia religiosa” (pág. 75).

La contemplación de las “novelas contemporáneas galdosianas” (“almacén atractivo de documentos sociales”) completa el ahora apresurado recorrido de don Marcelino por la última creación de Galdós (a la sazón, a punto de publicar *Misericordia*). Las primeras de estas novelas (*La Desheredada*, *El amigo Manso*, *Tormento...*) merecen reprobación por “la excesiva huella del naturalismo francés que las anima”: para don Marcelino una equivocación filosófica gobernada por un determinismo malsano y ya periclitado. Se detiene el Académico en estos caracteres y en dictaminar sobre lo que de positivo recoge de ello Galdós (la pintura de las individualidades, la variedad de situaciones sociales, el valor sociológico de los cuadros, la simpatía hacia los débiles...), frente a lo negativo que presentan las mismas: la atención del dato fisiológico, los toques pesimistas, la presencia del hambre y la miseria, de lo lupanario; y la falta de selección de los detalles.... El cuadro recriminatorio se rompe con la evocación, ya a las alturas de las páginas finales del discurso, de una novela que tilda don

Marcelino de excepcional, y para la que todo son elogios a lo largo de tres páginas: se trata de *Fortunata y Jacinta* que (“aunque excesivamente larga”) es tan densa... tan profunda, tan ingeniosa y amena la psicología, tan pintoresco... tan amable el detalle... tan completamente estudiados los personajes... Y tal calor de humanidad.. y tal riqueza de material artístico... etc, etc. Toda ella es, –afirma– ilusión de vida...

Respecto a la producción galdosiana posterior a *Fortunata...*: “debemos felicitarnos” indica don Marcelino, con títulos como *Ángel Guerra*; como *Torquemada*, como *Nazarín*, en que Galdós “vuelve a la novela novelesca (...) con notable elevación de pensamiento” demostrando que “pocos novelistas de Europa le igualan en lo trascendental de las concepciones y ninguno le supera en riqueza de inventiva” (pág. 95) En conclusión, para Menéndez Pelayo, *in magnis voluisse sat est*, como diría el Proporcio evocado en el discurso del montañés: es decir: “las cosas grandes basta con intentarlas”³².

No podía cerrar su discurso don Marcelino sin referirse al hombre que está detrás del novelista; y lo hace en nuevo apartado, breve pero intenso y, ahora sí (aunque los calificativos no eviten el tópico), conformando un sentido, y seguramente sincero, homenaje al nuevo académico. El juego de contrastes le servirá de vía retórica: “sin ser un prosista del todo correcto –dirá– ...un tesoro de lenguaje expresivo [hay] en sus obras; sin beber en las

³² “las cosas basta intentallas -cuando son tan grandes ellas-” dirá don Quijote.

bibliotecas, ... la vida está son sus libros; sin aparato científico... ha especulado sobre las más arduas materias; sin ser historiador... ha reunido el más copioso archivo de documentos sobre la vida moral de España... Desde los modelos ingleses y franceses, [demuestra] imaginación ardiente, observación menuda y reflexiva; pocos le igualan en lo trascendental de las concepciones y ninguno le supera en riqueza de inventiva. Fuerte, fecundo. Símbolo de fuerza esa fecundidad”.

En efecto, amistad perenne, entre Menéndez Pelayo y Pérez Galdós; y sin fisuras, como se ha dicho; siempre que aceptemos la seguridad inapelable del crítico. Que una cosa es la amistad e incluso el respeto, y otra la crítica desde la seguridad de las propias convicciones: ya lo dejó claro el orador en un momento de su discurso: “no hay que ocultar la verdad, ni yo sirvo para ello”. Más allá de impresiones o de comentarios ocasionales repetidos, tenemos hoy constancia documental de esa amistad y de sus términos: la correspondencia entre ambas personalidades; este discurso... De la relación epistolar nos han llegado un número no escaso de testimonios, interesantes; como lo son siempre estos documentos: Soledad Ortega³³ ha publicado 6 cartas más o menos amplias de don Marcelino a Galdós y Pilar Faus once de Galdós a don Marcelino (algunas de ellas respuestas a las anteriores): escuetas, directas las del montañés, sin faltar a la cordialidad: “sabe

³³ Soledad Ortega, *Cartas a Galdós*, Madrid, Revista de occidente, 1964, pp. 427-30.

V. que es siempre suyo verdadero amigo”, “sabe usted que le quiere de verdad su amigo”, “sabe usted que es siempre su mejor amigo”; más amplias e imbuidas de discreta impresión de inferioridad las del canario: “Anticipándole las gracias y pidiéndole mil perdones por la molestia que le causo, se remite de V, at.º amº y s. q. b. s. m.”, “suyo de corazón”, “suyo afectísimo”... En la Casa Museo se redondea esa cifra con algunos documentos más que hoy figuran en la red electrónica. Están abiertas en CD de la Sociedad Menéndez Pelayo las de don Marcelino. Que coincidían en Madrid en tertulias no solo es probable sino seguro, como queda constancia en una de esas cartas (“Mañana jueves veré a V. en Fornos³⁴ y hablaremos de eso”, dice Galdós al santanderino en carta de 24 de abril del 89 (cito por Faus, 1957, p. 276).

Que se aprecian y se respetan es indudable.

El Nobel

Las circunstancias, la concordancia del papel de intelectuales destacados de don Benito y de don Marcelino, aún los pondrán

³⁴ El café Fornos, en Alcalá esquina a Peligros, madrileñísimo café, cuyo decorado admirable y sus prestigiosas tertulias de literatos y de artistas eran famosas, así como también fue conocido por sus juergas galantes, desde estos años a los de la bohemia de principios del XX hasta su cierre en 1908. Fornos en la tradición de estos lugares como *“centros de reunión y discusión que acaban convirtiéndose en verdaderos Clubes con gran influencia en la opinión pública y en los Gobiernos”*.

frente a frente con ocasión de la propuesta de ambos para el premio Nóbel. Los pondrá frente a frente; pero no logrará enfrentarlos.

Al parecer, la historia tuvo su prolegómeno en 1904 por iniciativa de don Juan Valera y un grupo de académicos (ese año se había concedido el Nobel a José Echegaray), y comienza en 1905 cuando algunos de ellos remiten a la Academia sueca diversos escritos proponiendo a Menéndez Pelayo como candidato al Premio; Pereda fue uno de los firmantes. No prosperó la idea; y en 1906 surge nueva propuesta al Nobel, esta vez con Pérez Galdós como candidato. Tampoco prosperó; y, surgida una propuesta a favor de Benavente en 1911, el asunto devino polémica que terminó con anuencia para don Benito en la nueva ocasión de 1912; y de nuevo el nombre de don Marcelino, para los tradicionalistas “el más insigne hombre de letras, verdadera encarnación del alma nacional española”. En esa línea, el *Diario Montañés* santanderino daba la noticia el 8 de febrero de ese año, enlazando el hecho de esta solicitud como protesta a la nominación de Galdós por considerar al canario como “uno de los que mayores esfuerzo ha hecho por la descatalogación de España”; y animaba a los católicos a enviar a Suecia apoyos individuales para don Marcelino. No faltan más protagonistas entre los rotativos diversos, en apoyo de una u otra candidatura; más violentos en el propósito de ir en contra de la de don Benito, de quien se prodigaban apelativos de indignidad para tal galardón, con suma de adjetivos como *revolucionario*, *sectario* y *anticatólico*, frente a don Marcelino, “el sabio por antomasia, preciadísimos honor de las Letras castellanas, genuino

representante del espíritu español y gloria inmortal e inmarcesible de esta hidalga montaña de Santander” (Madariaga, página 245 y siguientes). Los simpatizantes de Galdós, por su parte, llevaban en este mismo 1912 al Congreso la lista con adhesiones de un grupo de diputados. El episodio acabó como un nuevo y desafortunado capítulo de la desavenencia entre los que podríamos llamar “las dos Españas”: la católica y la tradicional; y la liberal y la heterodoxa; el apoyo de las izquierdas y de las derechas para uno u otro. A ninguno de los candidatos (ambos ya mayores y en el declive de su actividad física; don Marcelino moriría ese mismo año) favorecería tal asunto. Los más comedidos fueron los propios protagonistas, que se mantuvieron respetuosamente al margen: “Si hubiesen propuesto para el premio a Menéndez Pelayo, declaró don Benito, la primera firma hubiera sido la mía” (*ABC*, 14 febrero de 1912)³⁵.

Final

Menéndez Pelayo muere el 19 de mayo de 1912, a los 46 años. Galdós cumpliría al día siguiente 69; y sería para él un año de los más activos y ajetreados de su vida privada y pública. Comienza con la segunda y fallida propuesta para la concesión del Nóbel,

³⁵ En su “Aproximación de Galdós al Nobel” (*Actas del Quinto Congreso internacional de Estudios galdosianos, 1992*, Excmo. Cabildo Insular de Gran Canaria, 1995, tomo I, pp. 7-15), Ortiz Armengol señala las circunstancias del asunto en las propuestas para Galdós de 1912 a 1916, sin citar a don Marcelino en la primera fecha (en las otras, ya había muerto). Sí que cita allí a otros candidatos españoles entre los 31 presentados: Rafael Altamira, Salvador Rueda y Ángel Guimerá.

sufre la segunda operación de cataratas, se hace cargo de la asesoría del Teatro español, participa en los mítines de la Conjunción republicano-socialista... Publicó el que sería su último episodio nacional, *Cánovas*; y preparaba nuevas obras para la escena. También remitió a su último amor, Teodosia Gandarias, nada menos que sesenta y tres cartas, cincuenta y cinco de ellas desde Santander. Por ellas sabemos que, entre muchos problemas con su vista, corrigió las pruebas de *Cánovas* y tenía trazado “el cañamazo” del episodio *Sagasta* (que nunca redactaría), que las responsabilidades ante el Teatro Español a la vez le agobiaban que estimulaban su perenne interés por el teatro, ahora como director además de cómo autor, que *Alceste* estaba ya preparándose para la escena (no se estrenaría hasta 1914), que pergeñaba otra obra teatral aristofanesca, que leía (o le leían) continuamente. También sabemos por ellas que el clima de ese verano en esta ciudad variaba de “lo delicioso”, “fresquito” o “tolerable”, a unas “tocadas “de viento, a veces bramante a veces “entonando salmodias quejumbrosos” (carta de 26 de agosto), y con fuertes lluvias, hasta sentir caer desde su casa de San Quintín –escribe– el Diluvio Universal en incluso escuchar “el trajín del amigo Noé, fabricando su barca” (carta de 5 de septiembre).

Y concluyo; con unas declaraciones más que atractivas de José María de Pereda al *Eco Montañés* que he “sustraído” de la solapa de uno de libros de Madariaga: “Menéndez Pelayo y Galdós son dos milagros vivientes que asombran por su labor inmensa, y más

aún por los tesoros de saber y de arte que hay en sus libros. Su fecundidad maravilla; su fama está cimentada sólidamente; resisten la comparación con los más grandes escritores de otros países.
